

Biomasa y energía, una gran oportunidad

No podemos estar ajenos a una realidad, como es el uso de la leña en Chile. Basta recorrer el centro y sur del país para darnos cuenta que este biocombustible está muy arraigado.



A raíz de la fuerte dependencia energética de nuestro país en torno a combustibles fósiles como el petróleo y sus derivados, recursos energéticos cuyos precios por lo general van en alza, mientras sus reservas disminuyen, como también por la inestabilidad de abastecimiento de gas natural argentino, se ha acentuado la necesidad de diversificar nuestra matriz energética, materia que ha llevado a relevar las Energías Renovables No Convencionales (ERNC), entre las cuales se encuentran las minicentrales hidráulicas de pasada, la energía solar, eólica, geotérmica y la biomasa.

La bioenergía, o energía procedente de la biomasa, incluye el uso de todas las formas de combustibles orgánicos (biocombustibles) de origen biológico, pudiendo ser estos biocombustibles ya sea sólidos (pellets, briquetas, leña), líquidos (biodiesel, etanol, metanol) o gaseosos (biogases, como el metano). Ello, comprende tanto los cultivos (agrícolas y forestales) destinados expresamente a producir energía, como también el aprovechamiento de los residuos o desechos que se generan en la cosecha forestal y agrícola, en los procesos de transformación industrial de la madera (aserrín, virutas u otros), de producción de celulosa (licor negro), en la agroindustria (cáscara, bagazo), los residuos municipales (vertederos, lodos procedentes de plantas de tratamiento y podas municipales) y los desechos recuperados (embalajes en desuso, madera de demolición y de obras de construcción). Para distinguir los distintos tipos de combustibles, independiente de su naturaleza, se utilizan los términos: dendrocombustibles, agrocombustibles o biocombustibles municipales.

La bioenergía es hoy, en muchas partes del mundo, una realidad, como en Brasil con el etanol producido de caña de azúcar, o en Suecia donde se utilizan plantaciones de sauce como combustible para generar calor y calefaccionar los hogares. Experiencias al respecto hay en muchas partes, siendo sin duda pertinente debatir sobre la viabilidad y conveniencia de esas y otras alternativas para nuestro país. Sin embargo, no podemos estar ajenos a una realidad, como es el uso de la leña en Chile. Basta recorrer el centro y sur del país para darnos cuenta que este biocombustible está muy arraigado (de un 90 a un 100% de los hogares, desde la IX Región al sur) y que de no ser por las externalidades negativas (degradación del bosque, erosión, contaminación atmosférica) y la informalidad del mercado, lejos de ser considerado este producto como un "mal", se podría catalogar como un "bien" para la sociedad.

Si revertimos lo que hoy constituye un problema como el irregular mercado de la leña, la contaminación (que se produce por la humedad que presenta la leña, de 45% en la mayoría de los casos, por mala combustión y por deficiencias tecnológicas de los equipos), no sólo estaremos ampliando las posibilidades de desarrollo económico, social y ambiental del país, sino que además estaremos administrando en forma sana un mercado que representa un negocio potencial de 500 millones de dólares al año, más los ingresos por impuestos de la actividad, al tiempo de posibilitar el acceso a un precio más justo para los productores, que en la actualidad sólo cobran la mano de obra porque necesitan ocupación, pero en rigor el recurso (nativo en su mayoría) va de regalo.

La pregunta es: ¿cómo revertir este ciclo para tener un círculo virtuoso?. Por un lado, se deben mejorar los atributos del producto, entre éstos, reducir el contenido de humedad, homogeneizarlo (dimensiones regulares) y definir unidades de medida estándar (con referencia al volumen sólido); por otro lado, se debe incentivar la formalización de este mercado, generar normativas y ordenanzas claras, fomentar la Investigación, Desarrollo e Innovación en estas materias y, por supuesto, integrar en una mesa a los actores relevantes con el objetivo de diseñar una política bioenergética, para que tanto la leña como otras formas de energías biomásicas puedan aportar sustentablemente a nuestra matriz energética.

En términos generales, se trata que los desarrollos sean consistentes y coherentes con la política diseñada. Hoy, una opción que avanza es la utilización de pellets de madera a partir de residuos de la industria, en principio para aprovechar las oportunidades existentes en los mercados de exportación, pero ¿por qué no para el mercado nacional?. Para ello se requiere avanzar en conocer y aprovechar las fuentes de abastecimiento existentes, como también aspectos de logística, acopio, tecnologías de transformación (pelletizado), tecnologías de combustión domiciliar e industrial, difundir el producto en el mercado y formas de distribución y comercialización. Sin duda, las oportunidades para este mercado se verán favorecidas con los subproductos que se obtengan del manejo del bosque nativo, una vez que la Ley esté en marcha. Un camino parece ser la combinación de la I+D+I y la alianza público y privada. En eso estamos comprometidos como institución de investigación y es nuestro interés de contribuir a "Crear Valor Forestal para Chile". ■